

Las lecturas del Evangelio de los dos primeros domingos de Cuaresma deben leerse en parejas. El Evangelio del domingo pasado nos mostró dónde estamos (el desierto), y el de hoy nos muestra adónde esperamos ir. La Transfiguración de Jesús es un pequeño atisbo del cielo. Vemos un atisbo de la divinidad de Jesús irradiando a través de su humanidad, y lo que vieron los tres apóstoles también podría ser un atisbo de su cuerpo glorificado. También se ha sugerido que vieron cómo lucirían ellos, y también cómo luciríamos nosotros, en el cielo. Pero primero tenemos que llegar allí, y el único camino al cielo es a través del desierto. El camino al cielo es largo y lleno de bifurcaciones y desvíos, pero afortunadamente tenemos a Jesús y a los santos como guías. También tenemos un buen pastor (Jesús) que vendrá a buscarnos cuando ignoremos a nuestros guías y nos perdamos.

Nuestro viaje por el desierto cuaresmal tiene como objetivo purificarnos de nuestros pecados y fortalecernos contra la tentación, ayudándonos a fortalecer nuestras debilidades para que podamos ser criaturas renovadas al regocijarnos en la Resurrección de Jesús en la Pascua. Así como el tiempo que los israelitas pasaron en el desierto los preparó para abrazar la libertad de la Tierra Prometida, nuestro tiempo en el desierto debe ayudarnos a escapar de la esclavitud del pecado y a entrar en la verdadera libertad que solo podemos experimentar en el cielo. La formación requiere sacrificios. Requiere trabajo duro. Requiere que nos desafíemos para ser más fuertes ante la tentación. Si la Cuaresma no nos desafía, no creceremos. Si no nos fortalecemos ahora, no sobreviviremos al viaje más largo y difícil por el desierto y el valle oscuro que debemos cruzar mientras ascendemos al cielo. Si hacemos el trabajo duro que Jesús nos invita a hacer a través de la oración seria, el ayuno y la limosna, con su ayuda llegaremos a la cima de esa montaña y nos uniremos a él para ser transfigurados en creaciones nuevas y gloriosas tal como su Padre quiso que fuéramos.

The Gospel readings for the first two Sundays of Lent should be read in pairs. Last Sunday's Gospel showed us where we are (the desert), and today's shows us where we hope to go. The Transfiguration of Jesus is a small glimpse of heaven. We see a glimpse of Jesus' divinity radiating through his humanity, and what the three apostles saw could also be a glimpse of his glorified body. It has also been suggested that they saw what they, and also what we, would look like in heaven. But we have to get there first, and the only way to heaven is through the desert. The road to heaven is long and full of forks and detours, but

thankfully we have Jesus and the saints as our guides. We also have a good shepherd (Jesus) who will come and find us when we ignore our guides and get lost.

Our Lenten desert journey is meant to purify us of our sins and strengthen us against temptation, helping us fortify our weaknesses so that we may be renewed creatures as we rejoice in Jesus' Resurrection at Easter. Just as the Israelites' time in the desert prepared them to embrace the freedom of the Promised Land, our time in the desert should help us escape the slavery of sin and enter the true freedom we can only experience in heaven. Formation requires sacrifices. It requires hard work. It requires that we challenge ourselves to become stronger in the face of temptation. If Lent doesn't challenge us, we won't grow. If we don't strengthen ourselves now, we won't survive the longer, more difficult desert journey and the dark valley we must cross as we ascend to heaven. If we do the hard work Jesus invites us to do through serious prayer, fasting, and almsgiving, with his help we will reach the top of that mountain and join him in being transfigured into new and glorious creations just as his Father intended us to be.